Los exégetas

Un famoso biblista había invitado a un grupo de colegas a su casa. Se sentaron alrededor de una mesa que tenía un magnífico jarrón de flores en el centro y empezaron a discutir sobre una página de la Biblia. Discutieron animadamente, desmenuzando cada palabra, hipotetizando raíces antiguas, conjeturando, postulando, comparando, destilando, historizando, desmitificando, psicologizando, feminizando…
No se ponían de acuerdo en casi nada.
De repente, el anfitrión interrumpió la discusión y se volvió hacia uno de los invitados que estaba tomando flores del jarrón situado en el centro de la mesa y destruyéndolas sistemáticamente.
"¿Qué hace usted?"
"Cuento los verticilos, divido los estambres y los pistilos, aparto los tallos y los filamentos…".
«¡Este celo científico le honra, pero así arruina toda la belleza de estas hermosas flores!».
El hombre sonrió amargamente: "Eso es exactamente lo que estamos haciendo".

El rabino Elimelekh había pronunciado un maravilloso sermón sobre el arte de vivir. Llenos de entusiasmo, los oyentes le acompañaron alegremente mientras tomaba el carruaje de vuelta a su pueblo.
En un momento dado, el rabino detuvo el carruaje y pidió al conductor que siguiera adelante sin él mientras se mezclaba con la gente.
"¡Qué ejemplo de humildad!", dijo uno de sus discípulos.
"La humildad no tiene nada que ver", replicó Elimelekh. "Aquí la gente pasea feliz, canta, bebe vino, charla, hace nuevos amigos, y todo gracias a un viejo rabino que vino a hablar sobre el arte de vivir. Así que prefiero dejar mis teorías en el carruaje y disfrutar de la fiesta".